

nuevo, y escuchar con atencion los susurros y effluvios que inundan su atmósfera.

Nala es un héroe jóven, tan hermoso y mas suave que el Aquiles de Homero, é hijo de un monarca de una region de India situada al pié de los montes Himalayas. Varios jóvenes guerreros, pages del soberano y criados en su corte, rivalizan con el príncipe en todos los ejercicios de la caza y de la guerra, siendo sus dignos émulos en los campos de batalla. Durante una tregua que le permite regresar á la corte de su padre, Nala oye ponderar por todos los estrangeros que atraviesan su capital, la maravillosa hermosura y piadosas virtudes de la jóven Damayanti, hija única de un rey vecino; su imaginacion enciende su corazon, y el héroe anhela tomar por esposa á la ensalzada princesa.

Por su parte Damayanti oye continuamente ponderar el mérito, la belleza, el heroismo y la virtud de Nala, cuya nombradía cunde gloriosa é inflama la imaginacion de la regia beldad. Su corazon late violento, y la entusiasta doncella no se sacia de encomiar las proezas é ideales perfecciones del príncipe hablando con sus compañeras. El cielo interviene para reunir á ambos amantes.

Una tarde, acosado por esa vaga melancolía que caracteriza las grandes pasiones, se interna solo el donoso mancebo, en un bosque para poder pensar libre en Damayanti, deplorando la imposibilidad en que se halla de declararle su amor. De repente una bandada de cisnes se abate á sus piés, y el héroe

envidia sus alas que le permiten volar á los parages y lagos en que pueden ver á su amante. Al mismo tiempo imagina valerse de estos animales como mensageros discretos de su amor, y á este efecto coge uno por el ala cándida como la nieve; pero las melodiosas quejas que exhala el ave cautiva, inundan de compasion el corazon de Nala que no puede menos de ponerla en libertad. Entonces el cisne, lleno de reconocimiento por su libertador, toma una voz humana, y promete á Nala volar al lado de la bella Damayanti y revelarle el amor que hace latir el pecho del jóven príncipe.

## XXVI

Poco despues, como platicase festiva con sus compañeras en un prado ameno contiguo al jardin del rey su padre, ve la princesa caer á sus piés la bandada de cisnes á que volvió Nala la libertad. Deseosas de ejercitarse en la carrera, imaginan las doncellas designar cada una uno de los cisnes, y perseguirlo al través los prados, rivalizando á porfía á quien llegará á coger la primera el ave veloz que designa á sus compañeras. El cisne elegido y perseguido por Damayanti, ora finge dejarse coger, ora escapa á las manos que rozan sin poder asir sus pujantes alas, amortiguando y precipitando su carrera sobre la yerba mullida, hasta que, por una esperanza

que rotoña mas pujante á cada desengaño, arrastra á Damayanti en lo mas profundo de un bosque solitario.

Allí se detiene y se deja acariciar por la doncella, y, con una voz suave como el canto de muerte, revela á Damayanti el amor de Nala. Este doble mensaje es transmitido reciprocamente por los alados mensajeros, que, como las palomas de Venus, establecen, por sus voces moduladas y armoniosas, una secreta confianza entre ambos amantes.

Oigamos los versos que articula el cisne : « Oh « Damayanti, escucha mi voz! Existe un príncipe « llamado Nala, semejante á los astros gemelos que « en el cielo fulguran ; este príncipe es el dios mismo « del amor bajo una forma terrestre. Si llegases á « ser la esposa de este héroe, oh encantadora bel- « dad, el fruto que resultaria de esta union sobrepu- « jaria en perfecciones á todos los mortales. ¡ O vir- « gen de cuerpo flexible y gracioso, hemos visto á « los dioses; á los semi-dioses, á los hombres, á los « genios ; pero no nada hemos visto comparable á « quien te ama. Tú eres la perla de las mugeres y Nala « la diadema de los hombres.

« ¡ Oh cisne ! responde roja de pudor Damayanti, « dirige á Nala las mismas palabras. »

Entonces despliega su vuelo el ave para tomar el camino de la mansion del héroe. La Julieta de Shakspeare no excede á Damayanti en pasion, languidez é inocencia ; y al través los siglos, las costumbres y las lenguas, se encuentran iguales dos

poetas insignes en presencia del eterno modelo, naturaleza-madre, foco de vida y de belleza.

## XXVII

Pero prosigamos el episodio.

« Las compañeras de Damayanti, » dice el texto indio, » la ven doblar la cabeza como una flor que bajo el ardor del sol se marchita y desfallece en su tallo. »

En consecuencia dan aviso al soberano que piensa en darle un esposo.

A las hijas de los monarcas guerreros cabe el derecho de escoger sus regios consortes entre los pretendientes de las familias reales, convocadas á este efecto en la corte de su padre. La célebre belleza de Damayanti hace afluir la flor de los príncipes circunvecinos. Los dioses, esto es, los seres intermedios que habitan una especie de Olimpo indiano en la parte mas elevada de los Himalayas, quieren asistir por recreo á este concurso de pretendientes ; en consecuencia se ponen en camino imponentes de majestad, radiantes de fulgor divino, y encuentran á Nala que acude igualmente en todo el brillo de su belleza y magnificencia. Deseosos de probar al héroe, le intiman que vaya á anunciar al padre del objeto amado que los mismos dioses vienen á solicitar la mano de la doncella, sometiéndose cada uno á su fallo despues que se haya dignado elegir en el divino gremio.

Júzguese de la desesperacion del príncipe, obligado á pedir para otro que para sí la mano de su amada. Pero la obediencia religiosa avasalla en su corazon toda mira personal; é, hincando los hinojos en presencia de los inmortales, se inmola á su propia piedad y desempeña la cruel comision.

Solemne como una página de la Biblia es la primera entrevista de ambos amantes en el aposento de la princesa.

« Predestinados uno á otro « dice el poeta » no se « sorprenden al encontrarse por la primera vez, oyéndose y mirándose como si se hubiesen visto toda la « vida, reconociéndose sin conocerse y mirándose recíprocamente con esa sonrisa hechicera que parece decir : no empieza nuestro afecto sino contigo. »

No obstante el cruel mensage sale de los labios de Nala. La poesía moderna mas acendrada, mas mística, mas eterea, la del mismo Dante no contiene una escena mas dramática, mas patética, mas ingenua y mas santa; escena que recuerda el sacrificio de Abraham, salvo que, en vez de mediar entre un padre y un hijo media entre dos amantes.

### XXVIII

No obstante, despues que Nala ha cumplido con su deber, le jura Damayanti que se ingeniará para en-

gañar la astucia de los dioses sus rivales, de modo que solo á su verdadero amante pertenezca la mano de la princesa.

El concurso de los pretendientes evoca en la memoria las mas majestuosas escenas de la Biblia ó de Homero. La escena pasa en una de esas llanuras del Himalaya, cuya descripcion forma uno de los paisajes mas grandiosos y mas terribles que puede soñar la imaginacion, y cuyo carácter imponente y sublime hubiera enardecido la fogosa imaginacion de Salvador Rosa. Los gefes, los héroes, los dioses, todo pasa en revista bajo el ojo animado del poeta.

A este cuadro digno del pincel de Miguel-Angel, sucede otro que, como la creacion de Eva, parece escapado de la musa inspirada de Milton al cantar la belleza primitiva del paraíso terrestre. La encantadora Damayanti se presenta en la asamblea de los príncipes. Un murmullo de admiracion y entusiasmo cunde por la augusta asamblea, murmullo que recuerda el pasmo que avasalló á los ancianos de Troya al aspecto de Helena culpable, deprecatoria, pero siempre deslumbrante de belleza y magestad. La admiracion inspirada por la inocencia de la tímida virgen pronta, á despojarse un momento de la reserva que incumbe á la doncella para escoger libremente á su esposo, es la causa del estremecimiento involuntario que agita al senado divino. En presencia de la beldad proclama un heraldo los nombres de los príncipes, quienes sucesivamente se levantan y doblan la frente ante el objeto de sus ansias. Cinco se mues-

tran á la princesa bajo la forma y con el traje resplandeciente de Nala. ¿Cuál es el verdadero? Damayanti los examina y comienza á sospechar el disfraz de los dioses, quienes, para realizar un fin oculto, intentan sorprender su corazón. La vírgen recapitula los signos exteriores y atributos de las divinidades, sin poder descubrirlos; é inspirándose de su propia situación, prorrumpe en estrofas plañideras en las cuales suplica encarecidamente á los inmortales tengan piedad de su suerte, invocándolos sucesivamente en nombre de la verdad. Su lenguaje entusiasta acrecienta la dignidad de la sacerdotisa, el desnudo de la amazona y el candor de la inocente doncella.

Por último, los dioses, despues de haber puesto á prueba la sensibilidad de la princesa y la sed de verdad que la devora, acogen sus votos y se muestran á su vista atónita revestidos de sus distintivos signos. Aterrada y con mirada fija, ve Damayanti á los inmortales cubiertas las sienes de una corona de flores. Sus contornos se hallan severamente acusados, su pecho no parece exhalar el menor aliento, la inmovilidad mas completa acusa una naturaleza superior, ningun calor esterno denota la existencia vulgar, ningun sudor cubre sus frentes magestuosas en que fulgura la calma soberana. Al contrario el verdadero Nala se halla decaido de su grandeza, marchito su rostro, lleno de girones y arambeles su magnífica vestimenta, al paso que en su frente que cubre el polvo, chorrea el sudor humano, mito profundo y sublime alegoría, que recuerda este pasaje

de la Escritura: « El hombre salido del polvo, al polvo volverá despues de haber regado la tierra con el sudor de su frente. »

Esta escena que llega á una altura sublime de pensamiento, indica el término de la tentacion. La verdad que invoca Damayanti con espresiones tan patéticas, se muestra al fin á sus miradas, la arranca á su incertidumbre y llega á ser su recompensa. La doncella aprende á conocer el precio de la realidad de ambos mundos, celeste y terrestre. Todo es simbólico en esta primera prueba del alma amante, arrastrada por un instinto misterioso al alma amada que significa el sér de los seres. El poeta místico y épico reserva á su heroina las mas crueles pruebas.

« Cuando hubo reconocido á Nala Damayanti, alen-  
« tada por su amor, audaz y tímida á la vez, encen-  
« didas las mejillas é inclinando la frente para ocultar  
« su rubor, se ase con trémula mano del manto del  
« héroe, y declarándole así su eleccion, muestra que  
« la muger debe apoyarse en el hombre.

« Tú no temistes, le dice, confesarme y preferirme  
« en presencia de los dioses; yo te seré fiel mientras  
« que mi razon no haya abandonado este tabernáculo  
« mortal. »

El júbilo mas puro irradia en el rostro de ambos amantes, júbilo que encubre dolorosas peripecias que les reserva el hado. Los dioses aplauden y ratifican la union de ambos consortes.

¿ Acaso depuso el Dante en su triple poema una concepcion superior? ¿ qué escena llegó á imaginar

la mística imaginación del poeta épico de Florencia que sobrepuje en gracia, energía y sencillez á los ornamentos de este poema, cuyo conjunto se distingue por una gala magestuosa que envidiaría el poeta más consumado de la culta Europa? Pero continuemos la narración.

## XXIX

Nala lleva consigo á su joven esposa al reino de su padre. Uno de los dioses, testigo de su enlace con Damayanti, lo persigue acosado de un zelo violento, ofuscando su razón, poseyéndolo su ser según la expresión moderna, é inspirándole la pasión del juego hasta el grado más frenético. El juego significa aquí todos los demás vicios. Nala pierde no solamente su imperio sino hasta sus vestidos, y su implacable adversario le propone jugar su esposa la bella y desgraciada Damayanti. Ninguna respuesta da el despojado soberano á proposición tan sacrílega, pero arroja á su adversario una mirada en la cual se concentra más indignación, más desesperación, más remordimientos y recriminaciones que contiene el poema de Job.

Menesteroso, proscrito por su propia demencia, sin más propiedad que un manto, huye Nala al fondo de los bosques, y, sin dirigirle la menor queja, se asocia Damayanti á la miseria y afrenta de su marido. Ambos no poseen más bien que el citado manto, una

de cuyas mitades cubre la desnudez de Nala y la otra la de su bella esposa. Jamás el poema de la indigencia prorrumpió en lamentos más dolorosos, más preñados de angustia que los gritos que arranca el dolor á ambos consortes, contra los cuales parece conspirar la misma naturaleza. Sin más alimento, durante tres días, que el agua cristalina procedente de un manantial, é instigados por el hambre, arrancan raíces á la tierra y bayas silvestres á los arbus-tos, hasta que al fin una bandada de aves se ciernen sobre sus cabezas : « Aquí tenemos pasto para el día » esclama Nala arrebatado de gozo. En efecto los pájaros se abaten posando en tierra; Nala arroja su manto como una red para cogerlos; pero las aves lo levantan bajo el esfuerzo de sus unidas alas y lo arrebatan en su vuelo dejando á la regia pareja completamente desnuda.

## XXX

« ¡O muger adorable y llena de abnegación! » esclama Nala; « este miserable insensato que ves « sumergido en el cieno de la infelicidad es tu « esposo. Escucha las órdenes que te da y que pueden tan solo salvarte de la desdichada suerte en « que te envuelve la fatalidad inexorable que me « persigue. Abandóname á los dioses encarnizados « contra mí y huye sola al reino de tu padre. »

A lo cual responde la princesa :

« En verdad ; ó mi rey y señor ! Mi corazon tiem-  
 « bla y mis rodillas se doblan bajo el peso de mi  
 « cuerpo, cuando pienso y recapacito los consejos  
 « que me das. Despojado de tu regio patrimonio,  
 « precipitado del solio de tus ilustres abuelos, de-  
 « vorado por el hambre, por la sed, ¿ cómo puedes  
 « exigir de mí que te abandone en ese estado de ca-  
 « rencia, en medio de este desierto, y que solo piense  
 « en mi propia suerte descuidando al esposo amado  
 « que me otorgó el cielo ? No, no, aquí permaneceré  
 « ó soberano de mi corazon ; contigo viviré en estos  
 « adustos bosques para calmar las penas que car-  
 « comen los resortes de tu existencia, cuando opri-  
 « mido bajo el peso del hambre, de la sed, del frio,  
 « de la amarga angustia, se ofrezca á tu abatida  
 « mente el luminoso recuerdo de la felicidad pa-  
 « sada. Ninguno de los remedios que inventó la  
 « medicina para suavizar los tormentos del alma  
 « y del cuerpo vale la tierna solicitud de una es-  
 « posa.

« Nada es mas cierto, » replica Nala, « y la verdad  
 « habla por tu boca, ó hermosa criatura de cuerpo  
 « airoso y flexible como la palma. Postrado por la  
 « tristeza, nunca hallará el hombre un lecho tan  
 « cálido y mullido como los brazos de una tierna  
 « esposa. No, no, jamás te abandonaré, muger su-  
 « blime. ¿ Pero porqué recelas que huya de tu pre-  
 « sencia ? Antes que abandonarte prefiero abando-  
 « narme á mí mismo. »

Tranquilizada Damayanti, suplica á su esposo que

la acompañe al reino de su propio padre quien los dará  
 asilo. « Sí, » responde Nala, « ese reino es de tu pa-  
 « dre, y no dudo que conmigo lo dividirá ; pero en el  
 « estado de indigencia á que me veo reducido, no  
 « irá á mendigar su piedad el que compareció opu-  
 « lento y suntuoso en su palacio. ¿ Cómo podrá mos-  
 « trarse desnudo y cabizbajo, aumentando por sus  
 « miserias las tuyas, aquel cuya felicidad era la luz  
 « de tus ojos y la vida de tu alma ? »

Damayanti comprende este pudor del infortunio  
 y no vuelve á insistir.

Despues de este interesante diálogo, se tienden  
 ambos esposos para dormir sobre el solo manto que  
 poseen, recuperado por una proteccion milagrosa del  
 cielo, y se duermen sobre la desnuda tierra, sin  
 yerba ni musgo para sus fatigados miembros.

## XXXI

Una escena lastimera á la vez y dolorosa á que  
 apenas excede en horror el episodio de Ugolino, inter-  
 rumpe este descanso. Mucho sentimos que los límites  
 de esta reseña nos impidan dar un análisis minu-  
 ciosa de esta situacion, cada uno de cuyos versos re-  
 suena como el gemido de un corazon que se quiebra.

« Damayanti duerme al lado de su esposo bajo el  
 manto que cubre los miembros de ambos consortes.